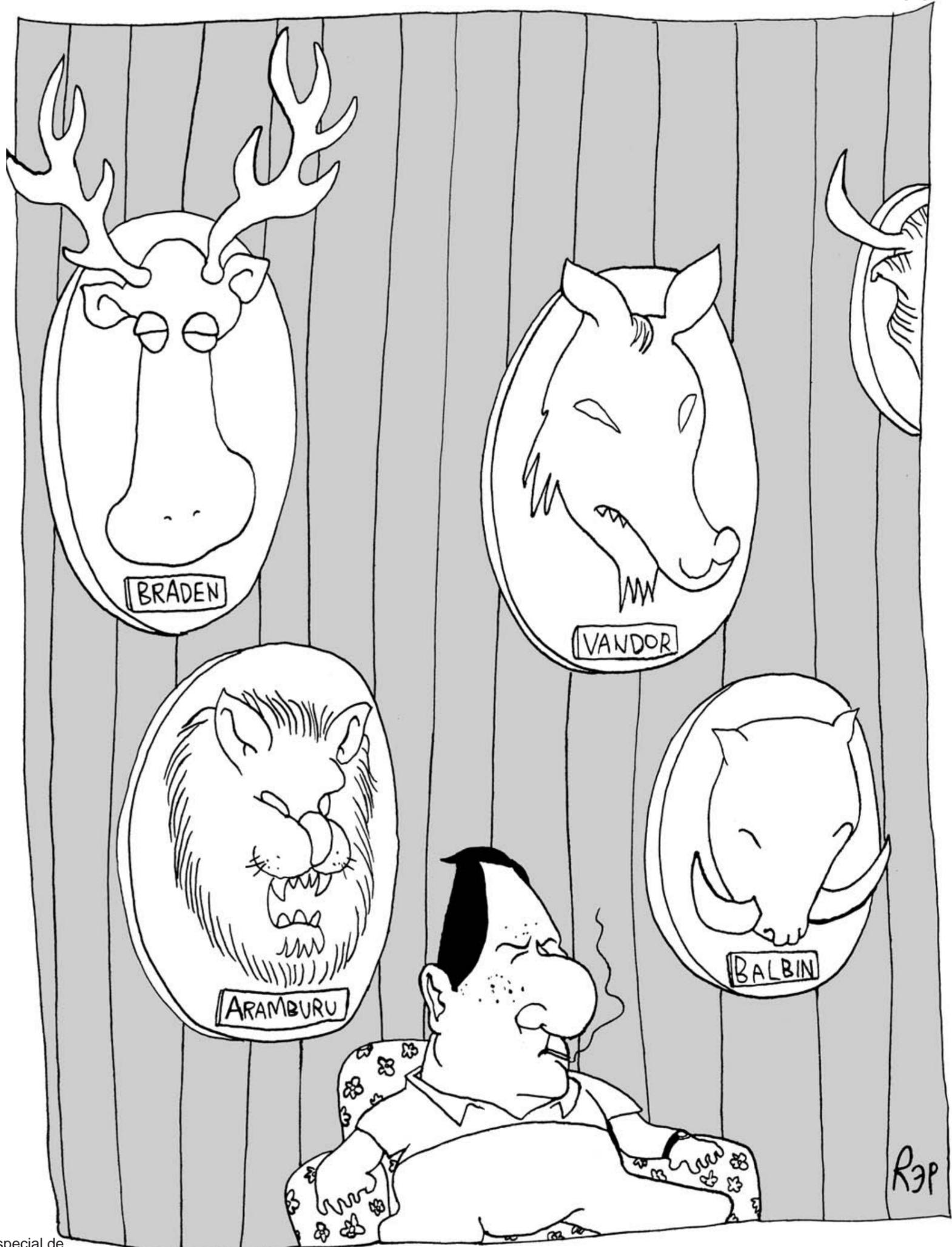


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

46 El secuestro de Aramburu (II)



1.

Todo le parece extraño a Aramburu. ¿Lo están secuestrando? ¿Tan fácil es secuestrarlo a él? ¿No se dan cuenta estos jóvenes de la gravedad de lo que hacen? El es él, es Pedro Eugenio Aramburu. No es un político, no es un civil. No es un militar de poco rango y poca importancia. El país va a estallar si algo le pasa. Mucha gente le debe mucho. El país le debe mucho. El país, también, es mucho lo que espera de él. El lo tiró a Perón. Todo se complicó desde ahí. Pero ahora el que puede poner las cosas otra vez en orden es él. Soy el militar que mejor entiende la salida que necesita este país. Soy el más preparado. El que consiguió apartar de sí el odio que tantos mantienen vivo. El único grande que puede hablar mano a mano con Perón. Yo lo tiré, yo lo rescato para la patria. Les guste o no. Necesitamos a ese viejo autoritario, fascista. Cambió. Yo cambié. El también. Es más: yo puedo alejarlo de las tentaciones de la izquierda. Si no lo sumamos otra vez al Ejército de la patria, los marxistas lo van a seducir. A Perón sólo le importa el poder. Para atraparlo apelará a cualquier cosa. Si tiene que ser el marxismo, al que odia porque en el fondo, como yo, es un militar argentino, será el marxismo, que está cada vez más fuerte en América latina. Podría hacer de la Argentina otra Cuba. Tiene a todos los obreros con él. No sólo eso: se le está acercando gente desde los lugares más impensados: curas, jóvenes católicos, estudiantes, guerrilleros, más todos los suyos, los que siempre tuvo. Los sindicalistas, por ejemplo. Ni siquiera a ellos, que viven hundidos y felices en la corrupción, los pudimos comprar. Son peronistas. O lo agarramos nosotros o se lo lleva el marxismo internacional. ¿Quién si no yo puede impedir semejante atrocidad? ¿Será por eso que estoy aquí? ¿Serán estos jóvenes sicarios de Onganía, de Imaz? Porque para que yo pueda conseguir que Occidente retenga a Perón, hay que sacarlo a Onganía, que habrá pasado por la Escuela de las Américas, pero como soldado de Occidente da risa. ¿Tendrá coraje para hacerme secuestrar? Bruto es, pero no tanto. ¿Y si son castristas estos muchachos? Es la otra cara del asunto. Usted nos lo quiere robar a Perón. Nosotros lo queremos para el marxismo, usted para Occidente. Y es el único que puede lograrlo. Olvídense de seguir vivo, general. Luchamos por una causa. Y nuestra causa requiere su muerte.

Aquí, Aramburu se estremece. Por primera vez le ha encontrado un motivo a su muerte. La palabra *causa* lo estremece. Sabe que los hombres hacen cualquier cosa por eso. Que mueren y que matan por eso. Sabe que no hay nada más peligroso que un hombre con una causa. Mira a sus secuestradores. Le preocupa que no oculten sus rostros. El, luego, podrá reconocerlos. Algo, sin embargo, le preocupa más: en esos rostros se dibuja la obstinación de una causa. Esos jóvenes tienen una causa. Si esa causa requiere su muerte, está perdido. Sólo le resta esperar que no la requiera. O convencerlos de ello.

Sigue arguyendo que son militares. Hay cierto desdén en esta creencia. En el fondo, cree, como casi todos los militares, que los civiles son cagones. La violencia los espanta. Sin embargo, ¿qué clase de militares? ¿Cómo ignoró él o nadie de los suyos le dijo que había surgido un grupo nuevo, nacionalista o peronista o ligado a los planes de Onganía? Un grupo de acción. Capaz de semejante cosa. Pero toda acción exige el factor sorpresa. Si los hubiéramos detectado esto no estaría ocurriendo. Esto, su secuestro. ¿Quiénes son? Ni lo sospecha. No es el momento de decirlo. De describir su militancia y (sobre todo) los motivos de esa militancia. Pero, general, lo hemos dicho. Acaso usted no prestó atención. O estaba en otra cosa, en otro lugar. Algo así. Los que afrontaron el Operativo fueron: *Mario Eduardo Firmenich como cabo de la policía, Carlos Capuano Martínez como chofer, Carlos Maguid como cura, Ignacio Vélez y Carlos Gustavo Ramus como los civiles en el Peugeot, Fernando Luis Abal Medina como teniente primero, Emilio Maza como capitán. Y una mujer, la única del grupo, la montonera Esther Norma Arrostito. Gaby para los amigos.*

2.

A diferencia de los demás se inició en el marxismo. Nada de iglesias, ni sermones desde el púlpito ni hostias ni reverencias al torturado de la Cruz. Leyó a Marx, a Lenin. No a Hegel, pero algo leyó. O encontró cosas suyas en otros autores. Con lo que llegó a esa conclusión a los que todos, alguna vez, llegamos: Hegel está en todas partes. O como dijo alguien: cada época se define por el modo en que lee a Hegel. Leyó otras cosas y vio películas decisivas. Leyó a Fanon y a Sartre. Esta mujer valiente, que habrá de soportar los más terribles dolores sin soltarles una palabra a sus verdugos, sabe de memoria frases de Sartre, de ese Prólogo incendiario que escribió para el libro de Fanon: "En los primeros momentos de la rebelión". ¿Y qué son éstos, los nuestros, sino eso: los primeros momentos de la rebelión? ¿Qué dice Sartre, Gaby? ¿Qué hay que hacer en estos momentos? "Hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre." ¿Qué hermanos ve los destinos de Argelia y Argentina! Si hasta en los nombres se da la unidad, si hasta los nombres señalan que la lucha es la misma: Argelia/Argenliana. Argentina sufre un colonialismo interno. También externo. Está sometida por el imperialismo y por sus aliados locales. De aquí que la liberación tenga que ser nacional y social. Y tienen que darse juntas. No son dos etapas. Es una sola. En la misma lucha hay que liberarse del imperialismo y de las clases dominantes nacionales que lo representan. Somos parte del Tercer Mundo. Nuestro sometimiento no es colonial como el de Argelia. En esto nos diferenciamos. Nuestro sometimiento es neocolonial. El colonizador no está adentro. Tiene a sus socios adentro, sí. A las clases cipayas que han unido sus intereses al imperialismo. Y al Ejército que defiende el proyecto entreguista, neocolonial. Pero el verdadero colonizador, el que sostiene el sistema de la colonización es el colonizador externo, los yanquis. No hay retroceso, sabe Gaby. Se lo dice Sartre: "La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasarla". Como los soldados del Ejército Gorila. Matarán a diez, matarán a cien. No pueden matar a la Historia. La Historia camina hacia el socialismo y en él se ordenará el mundo, se vengarán las injurias, se vengará el pasado infame, se arreglarán las cuentas pendientes, se fusilará a los mercenarios. Ya no habrá mercenarios. Ya nadie intentará frenar la Historia. Sólo estarán ellos para impulsarla hacia el futuro. Leyó, Gaby, a Fanon. Le pareció devastadora su furia. Para colmo, negro. Para colmo, culto. ¿Cómo no habría de odiar con la vastedad de sus entrañas al colonizador blanco? Habla de la *violencia absoluta*. ¿Es, se pregunta, matar a Aramburu la violencia absoluta? "El colonizado está dispuesto en todo momento a la violencia." Pero Fanon avanza hasta confines temibles. Hasta ella, que no teme a nada, a veces vacila. La palabra *locura* le produce vértigo. No es un vértigo humanista. Algo que le haga decirse: ¿cómo voy a matar a un semejante, a otro ser humano? Eso es mierda humanitaria. Chatarra gandhiana. Si alguien mata a otro es porque ese otro no es, para él, un semejante. Ni otro ser humano. El fusilador Aramburu no es mi semejante ni "otro" ser humano. Es sólo un asesino. Un asesino al servicio de un régimen explotador. Eso lo despoja de su humanidad. La humanidad se gana. Se gana poniéndose del lado de la causa del hombre. La causa del hombre es la libertad. La muerte de la opresión. La liberación de la patria. La creación de una nueva humanidad. De un nuevo hombre. El que está en contra de eso, no tiene humanidad. ¿Qué nos impedirá matarlo? Fanon, ante el colonizador, rechaza todo método que no sea violento. A los oprimidos, *sólo esa locura*, la violencia, puede arrancarlos de la opresión colonial. ¿Estamos, entonces, locos? Sí, locos de justicia. Locos porque no somos cuerdos. Los cuerdos no se juegan la vida. Nosotros sí. Nos la jugamos por la liberación de los demás, de todos los oprimidos de esta tierra. Estamos, entonces, locos de amor. Y no me vengan con que ésta es la frase de una mujer. Tiene que ser la frase de todo revolucionario. Nosotros matamos por amor.

Gaby no sigue junto a los demás. Tiene otras



tareas. Ninguna de ellas menos importante que las de sus compañeros. Llegan a Figueroa Alcorta y Pampa. Gaby, le dicen *La Flaca*, Maza y otro más se bajan de la camioneta. Cargan los bolsos con los uniformes. Cargan los fierros. Y se van a la casa de un compañero. Tienen una misión decisiva: escribir algo que estallará en las redacciones de todos los diarios. Que los locutores leerán una y otra vez, miles de veces, con voz alarmada, dolorida y también con un miedo oscuro, indefinible: el de saber que algo muy grave acaba de suceder en el país.

3.

En la pickup, Ramus y Capuano quedan adelante. Aramburu, Fernando y Firmenich, atrás. Empiezan, los jóvenes centuriones, a sentir que las cosas están saliendo bien. Hasta demasiado bien. ¿Será así de fácil? ¿O el destino se prepara para sorprenderlos? No piensan mucho. No hay tiempo. Poco después, otro cambio. Suben a una Gladiador. Nada de esto importa mucho. Tienen una meta: *Timote*. Saben cómo llegar. Durante un largo mes estudiaron la ruta. Una ruta directa. ¿Qué significa *directa*? Que eluda todo puesto policial. No es por excesivo temor. Policía que aparezca, policía que muere. Pero si se puede evitar, mejor. También quieren eludir toda ciudad importante. Lo consiguen. Fernando, íntimamente, siente ya el sabor del triunfo. Todo ha sido fácil. Todo sigue siendo



fácil. Para qué negarlo: es fácil matar a alguien en la Argentina. Si lo es con Aramburu, lo es con cualquiera. La pregunta lo sorprende: ¿lo será con ellos? Ellos son el viento. Son inapresables. No están en ninguna parte, y están listos para estar en todas. Son la guerrilla urbana, y la guerrilla urbana es invencible. No se puede contra ella. Es como arena. Se escurre entre las manos del poder. Y es como roca: cuando golpea, destruye.

Con razón o no —se verá—, la narración no ha requerido la presencia del joven que hizo de cabo de policía durante el operativo. Tiene 22 años y de todos los que en esta jornada se juegan la vida para terminar con la de Aramburu será el único que conservará la suya. Es Mario Eduardo Firmenich. Católico, nacionalista, egresa con medalla de oro del Nacional de Buenos Aires. No será el héroe de la jornada, aunque en el interrogatorio de Aramburu tendrá mucho que decir. Las buenas novelas evitan describir el aspecto físico de los personajes. Firmenich lo necesita menos que muchos. Se lo conoce. Se lo quiere poco. O se lo odia. O se lo cuestiona. O aún conserva adictos que se alteran sinceramente cuando no se lo pone en el altar que ellos le desean. Personaje enigmático, se podrá decir de él tanto que fue un auténtico revolucionario como un agente de la CIA. Falta mucho aún. Pero este hombre —que, antes, se adueñará de la conducción política de Montoneros— ordenará, en un acto brutalmente equivo-

cado, el asesinato de un sindicalista por el que pocos se morían de amor, pero al que menos todavía querían ver muerto. Perón, el primero. Ahora mira el paisaje y se siente orgulloso. “Esto es un paseo”, se dice. Y lo es: en toda su existencia operativa —que ya es extensa— no recuerda un escape más fácil, más simple, con menos escollos que éste. ¡Y se lo cargaron a Aramburu! Le preocupa un poco la llegada a la Gral. Paz. Se sabe: circulan autos y camiones por ahí. A veces, muchos. Suele haber problemas de tránsito. Suele haber policías para evitarlos. Hoy, ni una cosa ni la otra. Salen por Gaona y se meten en caminos de tierra que conocen, que estudiaron con anterioridad. No habrá problemas. Si las cosas se preparan bien, los operativos no fallan. No fallará éste. Al que han llamado *Operativo Pindapoy*, por el nombre de un jugo de naranja. Difícil saber si por algo más.

Hay que cruzar el río Luján. Saben cómo hacerlo. Hay un puente viejo y sólido, hecho con materiales nobles. Lo probaron. Es de madera, pero aguantará. Se toman ocho horas para hacer un trayecto que llevaría cuatro. Pero eluden todo sitio que pueda esconder un riesgo. Porque es así: los riesgos no están a la vista. Se esconden y nos sorprenden. Hoy, uno, lo sorprendió a Aramburu, de aquí que ahora esté con ellos, no en su casa, con su mujer, tomando ese café que seguramente tomaría después del almuerzo, antes de

conspirar para darle vida al régimen, para hacer un peronismo “de saco y corbata”. No, general. Hoy tuvo un problema. Pero no inesperado. Tal vez usted lo considere inesperado. Pero este problema le nació a usted hace muchos años. Cuando firmó el decreto 4161. O el día de la fusilación de Valle. O el de la desaparición de Eva. Hizo todo lo posible para estar donde ahora está. Su destino, que nosotros someteremos a juicio, fue usted el que lo diseñó. Desde este punto de vista, *somos su creación*. O no sólo la suya. Somos la creación perfecta, impecable, de la Argentina gorila. ¿Qué otra cosa esperaban engendrar? ¿Jóvenes obedientes, que aceptaran sumisos sus arbitrariedades, sus desdenes? No hay jóvenes así. Un hombre es joven cuando sabe ponerse del lado de la injusticia. Y ustedes, a la natural injusticia de todo pueblo sometido a la explotación capitalista, le añadieron al nuestro la orfandad política, le quitaron a su líder, le impidieron decir el nombre de ese conductor de pueblos al que aman, del que sólo recuerdan días felices, soleados, en que se sintieron parte esencial de la patria y no sus desechos, su mano de obra mal paga, sus laboriosos ofendidos, vilipendiados. Y le quitaron a su abanderada. A Eva, la mujer que los amó hasta quemarse en el fuego de ese amor, tan ardiente era. Ahora, ellos, en nosotros, buscan su venganza. Si los humillados no se rebelan, habrá siempre jóvenes de corazón puro que lo harán por ellos, indicando el camino, asumiendo la vanguardia. A joderse, general. Llegó la hora de pagar la cuenta.

Prestemos atención a Aramburu. ¿Podremos presumir lo que piensa, será posible? Se lo ve silencioso. ¿En qué piensa un hombre silencioso que se sabe entre enemigos, que viaja entre sus secuestradores, que tampoco le hablan? A veces, el silencio ha de haberse tornado un grito en esa pickup *Gladiator*. ¿Temerá que lo maten? ¿Aceptará dentro de lo posible que esos jóvenes se atrevan a ultimarlos? No, dialogarán con él. Le harán saber qué quieren. Secuestrarlo a él es secuestrar a un hombre que dialoga con lo más alto del poder de la República. Que probablemente —incluso— sea él mismo quien pronto lo encarne. Secuestrarlo a él es hacerse oír por alguien que, si los escucha, puede hacer reales algunas o muchas de sus peticiones. Hoy les concederá unas cuantas. Está dispuesto a decir que sí. A prometer. Después verá. Pero si se trata de decirles que hará lo que le pidan, lo hará. Son muy jóvenes. Todo joven es un idealista. Se sabe: incendiario a los veinte, bombero a los cuarenta. Será amplio, generoso, hasta bonachón. Sí, va a zafar de ésta. Creemos que algo así habrá pensado Aramburu en ese viaje largo, por caminos poceados, terrosos, húmedos.

A las cinco y media, seis de la tarde llegan a *La Celma*. Es un casco de estancia. No es ajeno. No entran en un lugar que no les pertenezca. Es de la familia de Gustavo Ramus. Aramburu se da cuenta. Esto lo tranquiliza aún más. Son jóvenes de buenas familias, de familias ligadas a la tierra, a la patria. Baján. Caminan hacia la casa. De pronto, un inconveniente. En toda estancia hay un capataz fiel. Ese tipo de hombre que dedica su vida a una familia, a cuidarle los bienes, a vivir cerca de los patrones sin jamás, pero jamás, confundirse con ellos. El capataz tiene que ser un hombre sin ambiciones, un alma simple, un alma obediente, alguien que encuentre su felicidad en la felicidad de sus patrones. El hombre es un vasco y se llama Acébal. Ramus se le adelanta. No quiere que el sirviente fiel se acerque al grupo revolucionario. Ramus sabe cómo hablarle. Todo patrón sabe hablar con su capataz. Sabe compartir su mate. Comer sus bizcochos. Preguntarle por su mujer, cuyo nombre conocerá. Y por sus hijos, cuyos nombres también conocerá. Después, como siempre, le deslizará unos buenos pesos en sus manos ásperas, castigadas por el trabajo de décadas. Y le dirá “don”. Y le dirá: “¿Qué me dice, che?” Este “che” es importante. Es un lazo. Un gesto íntimo. El patrón desciende al mundo del capataz. Todo patrón sabe hacer esto. También sabe despedirse. Sabe dejarlo solo al capataz, en su mundo. Y él unirse al suyo. Que no se tocan ni se tocarán. Pero esto no niega lo que se construye en ese momento que les pertenece, que es de ambos. “¿Cómo anda, don Acébal?” “Bien, patrón. Todo en orden.” Luego,

Ramus le dice que se vaya a dar una vuelta. Acaso que se vaya al pueblo esa noche. Por eso le da unos buenos pesos, más que de costumbre. No demasiados: no quiere que Acébal sospeche nada. Pero lo justo: "Vaya y pase un buen rato, don Acébal. Mañana será otro día". Se les une Firmenich. Después, Ramus, entra en la casa. Ahora, él, no Acébal, es el pueblo.

Cualquiera comprende y acepta que Ramus no puede decirle una palabra de lo que sucede a su capataz. O al capataz de la estancia de su familia. Que, por lo visto, por el trato amistoso que tiene con él, es tan suyo como de cualquier otro, y tal vez más porque Ramus sabe tratarlo, sabe hablarle, como Fabio Cáceres a Don Segundo. Reclama, sin embargo, nuestra atención un hecho innegable: el único personaje del pueblo que aparece en toda la historia es apartado por completo, es al que más se lo aleja del centro de la escena. Lo dicho: se comprende. Pero hay cierta paradoja que late en ese complejo socavón.

4.

Fernando Abal y otro compañero meten a Aramburu en la casa. Este compañero baja algo distraído, "algo boleado", dirá Firmenich, del auto: lleva la metralleta en la mano. Don Acébal no lo advierte. Firmenich, ya sin el traje de policía, se une a Ramus y al capataz y participa un poco de la conversación. Esto nos revela que lo conoce a don Acébal, que no es la primera vez que va a la estancia *La Celma*. Ahora, también ellos entran en la casa. Ahí, a puertas cerradas, sucederá lo que resta. Todo, hasta el final.

Aramburu está en mangas de camisa. Tampoco tiene corbata. Sigue sin tener nada claro. Esto no va a durar mucho: pronto tendrá todo quizá demasiado claro. Lo meten en un dormitorio. Lo sientan en una cama. Los jóvenes se pasean en silencio. Es posible que fumen. Se fumaba mucho en esa época. No sabemos si Aramburu pide un cigarrillo. No sabemos si le ofrecen algo. Un café, al menos. Le deben esa atención. El, o su mujer, les ofreció un café. Pero los jóvenes parecen concentrados en lo que están por iniciar. Nada menos que el juicio. Estos jóvenes de 23 y 22 años van a juzgar a un veterano general de 67. Un hombre ya casi viejo. Tengamos en cuenta la fecha: 1970. Han pasado muchos años. En 1970 —y más aún para pibes de 23 y 22 años—, un hombre de 67 era un viejo, o un hombre decididamente mayor. Pero Fernando y Firmenich no lo ven así. Lo ven como un mojón de la historia del país, un testigo, un protagonista desalmado. Aunque esto, todavía, espera el juicio correspondiente para ser establecido.

Hay otra cama frente a la de Aramburu. Fernando se sienta en ella. Apoya los codos en sus muslos y entrelaza sus manos. Mira con fijeza al general. Le dice:

—General, nosotros somos una organización revolucionaria peronista. Si lo detuvimos es porque vamos a someterlo a juicio revolucionario.

Aramburu, ahora, entiende todo. Lo entiende y lo acepta con naturalidad. Aquí, hagamos una pregunta: ¿esperaba esto? Sabía que andaban por ahí grupos guerrilleros peronistas. Hacían una cosa y otra, nada grave. ¿Nunca pensó que podían incomodarlos? Si lo pensó, nada indica que lo haya hecho. Lo sabemos: ni custodia tenía.

Cuando la tuvo, fue esa custodia la que lo secuestró y la que ahora lo está juzgando. Dice:

—Bueno.

Los jóvenes lo ven sereno. Si disimula, lo hace muy bien. Fernando intenta sacarle unas fotografías, pero la cámara se estropea. Para el juicio apelan a un grabador. Deseando que no tenga la misma suerte. El grabador cumple su función: graba todo el juicio. Deben haber gastado unas cuantas cintas porque el juicio se dilata, se alarga más de lo esperado. Los jóvenes no quieren presionarlo, no lo quieren —dirán años después— intimidar. No parece hombre como para intimidarse el vasco Aramburu. Advierte que los jóvenes demoran sus preguntas. Hay algunas dilaciones que buscan darle tiempo para responder con precisión. El las aprovecha. No sabe por qué, pero cree que toda demora juega a su favor. O sí: lo sabe. Somos nosotros los que no lo hemos advertido. El viejo zorro va más allá que

el narrador. Cuesta atraparlo a veces. Aramburu demora sus respuestas, busca tiempo, busca que ese interrogatorio se extienda inmoderadamente. Sabe algo: medio país ya debe estar buscándolo. Cuanto más tiempo gane, más tiempo hay para que lo encuentren. Responde con vaguedades.

—No sé —dice.

O también:

—No me acuerdo.

Supone que la desmemoria puede salvarlo. Si no se acuerda de nada, ¿de qué se lo puede acusar? ¿Qué pueden saber estos chicos? Lo que leyeron. Lo que les contaron. Pero, ¿qué pruebas tienen? Al no tener pruebas dependen de su confesión. Supongamos que él se las niega. ¿Qué harán? No le gusta este camino. Otra vez los mira a los ojos. Otra vez descubre lo que ya sabe: en esos ojos brilla la determinación, la fiereza que sólo la lucha por una *causa* puede dar. Son, además, peronistas. Deben odiarlo.

Fernando se pasea otra vez por la habitación. Por fin, dice:

—Voy a formularle el primer cargo de peso.

Usted, general, en junio de 1956, ordenó el fusilamiento del general Valle y de otros patriotas que se alzaron con él.

Aramburu responde de inmediato. Se ve que esa respuesta la ha elaborado a través de los años. Que no es la primera vez que le mencionan ese incómodo asunto y no es la primera vez que él ofrece una respuesta que lo satisface. Que, cree, lo cubre, lo protege. Lo torna inocente.

—No es así —dice—. No estaba en Buenos Aires cuando ocurrieron esos lamentables sucesos.

—¿Lamentables?

—Lamentables. Todo fue lamentable. La ridícula asonada y los fusilamientos. Yo estaba en Rosario. No pude impedirlos.

—No es así, general —dice Fernando—. Tenemos pruebas.

5.

Las pruebas son implacables. Somos lo que hacemos. Nadie escapa de su pasado. El de Aramburu lo está atrapando precisamente cuando él quería ser otro. Ya no soy el que fui, cambié. Ya no odio a los peronistas, quiero integrarlos a la democracia. Ya no fusilaría a nadie. Creo que eso quedó atrás o es ahí donde debe quedar. Con odio no se construye un país. ¿Por qué estos jóvenes me recuerdan lo de Valle? Ya no soy el que hizo fusilar a Valle. Los años no me pasaron en vano. Tengo 67. No viví en vano. Viví para cambiar. Para enmendar mis errores. Mis jueces son muy jóvenes para entenderlo. Creen que uno no cambia. Creen que uno es siempre lo que es cuando es joven. Creen eso porque están orgullosos de lo que son y no les gustaría cambiar. Pero se puede cambiar para ser mejor de lo que uno fue. Nunca lo entenderían. Hoy, ellos sienten que jamás serán mejores. Que jamás serán más puros ni tan idealistas. Será inútil convencerlos de otra cosa. Aramburu, con desaliento, lo sabe: esos jóvenes lo han congelado en junio de 1956. A *ese* Aramburu están juzgando. Al hacerlo, creen que este de hoy es también aquél. Para el vengador, su víctima tiene que ser *siempre* la que cometió el acto que exige su venganza.

—Sobre todo el decreto N 10.364, general —dice Fernando—. Ese es el que ordena, por decisión directa del Poder Ejecutivo, o sea: *Usted*, que se fusile a los sublevados. ¿Cómo le hizo decir a la mujer de Valle que dormía? Nadie que firme un decreto así puede dormir.

—Tenía la conciencia en paz —dice Aramburu—. Estaba seguro de mis actos. Escuchen, nosotros hicimos una revolución. La hicimos contra un gobierno antidemocrático, tiránico, que alimentaba el odio de clases. Un gobierno personalista y corrupto. Una revolución exige dureza para sostenerse. Los peronistas eran muchos y conspiraban incesantemente. Por fin, Valle nos hace una contrarrevolución. La aplastamos. Y pusimos a los sediciosos frente a un pelotón de fusilamiento. Supongo que no necesito instruirlos sobre este punto: toda revolución fusila a los contrarrevolucionarios.

¿Advierte Aramburu lo que acaba de decir?

¿Acaba de firmar su condena de muerte? ¿Qué

piensa que creen de sí mismos los jóvenes que lo están juzgando? Se lo dijeron: "Somos una organización revolucionaria". ¿Qué cree que es él para esos revolucionarios? Un contrarrevolucionario. Si toda revolución tiene el derecho de fusilar a los contrarrevolucionarios, ¿qué espera que hagan con él sus enjuiciadores? Nadie, en medio de este clima tenso, recuerda una frase que todos conocen. Aramburu, porque la leyó como admirador de Lavalle. Sus jóvenes raptos porque la leyeron como fanáticos de Dorrego, a quien, de algún modo, también están vendiendo hoy. Es la frase de Salvador María del Carril, ese frío unitario que busca convencer a Lavalle para que mate a Dorrego. Era, más o menos, así: "Una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos".

—Queremos leerle unas declaraciones del almirante Rojas —dice Firmenich.

—¿Por qué yo y no él? —dice bruscamente Aramburu—. Si hay un gorila en este país es Rojas. El también decidió los fusilamientos. Y muchas otras cosas. Si por él hubiera sido... —Se detiene. Piensa mejor. Dice—: De los dos, el moderado soy yo. El...

—El es un payaso —lo interrumpe Fernando—. Es un bruto. Siempre fue usted el inteligente. El que tomó las decisiones. Y es usted el que ahora está en algo que es posiblemente el motivo central de este juicio.

—¿Cuál?

—Ya lo va a saber. Vuelvo a las declaraciones de Rojas. Acusó a Valle y a sus compañeros de marxistas y amorales.

—¿Lo ven? Yo jamás habría dicho eso. ¿Cómo voy a decir eso? ¿Cómo voy a decir eso de Valle? Un católico, un hombre de familia.

—Necesitamos que firme una declaración. Que diga lo que acaba de decirnos. Que Valle no era un marxista ni un amoral. Que Rojas mintió.

Aramburu, como sorprendido, se arquea hacia atrás y abre las manos.

—¿Eso quieren?

—Eso.

—Pero eso... Eso podríamos haberlo hecho en mi casa.

Fernando Abal sonríe apenas. Es la primera vez que lo hace.

—Usted no entiende, general. Queremos eso y queremos otras cosas también. Queremos que nos hable del golpe contra Onganía. Usted está al frente y el propósito es integrar el peronismo al sistema. Ponerle saco y corbata. Amansarlo. Entregarlo al régimen liberal democrático de las clases dominantes.

—No lo interpreto así. Pero comprendo que ustedes lo hagan. —Aramburu se detiene. ¿No quiere seguir hablando? Frunce el entrecejo. Aprieta los labios, como si buscara impedir que le brotaran palabras. Al cabo, dice—: Si quieren hablar de eso apaguen el grabador. Es demasiado grave.

—Pero no es lo *más* grave —dice Fernando.

—Queremos hablar de algo más grave, general —dice Firmenich—. Mucho más grave.

Aramburu entra en uno de sus largos silencios. No se queda en blanco. Es notorio que piensa. Que no se evade. Pero, ¿por qué tanto tiempo? ¿Es cuidadoso, sensato, le gusta elegir sus palabras, buscar la expresión justa? ¿O es, sin más, lento? Nuestra suposición es otra, la dijimos: necesita tiempo. Necesita ganar tiempo para quienes lo estarán buscando.

Todo lo que dice es:

—Qué.

Fernando está de pie. Algo alejado. Lo mira desde arriba. Secamente, dice:

—Queremos hablar del cadáver de Eva Perón.

Aramburu lo esperaba. Lo temía. Al demorar-se tanto el tema creyó que no estaba en juego, que se libraría de él. Pero aquí está: Eva Perón. No hay peronista que no enfurezca cuando sale el tema de esa mujer que ellos, malamente, le han escamoteado. No hay venganza que Eva Perón no justifique, no reclame. No hay modo de reparar esa injuria.

Aramburu, ahora sí, siente que está en peligro.

Colaboración:

Virginia Feinmann — Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El secuestro
de Aramburu (III)

IV Domingo 5 de octubre de 2008